





# LA MUJER DEL PIANISTA



Miriam Migueláñez

# LA MUJER DEL PIANISTA



Primera edición: diciembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miriam Migueláñez

ISBN: 978-84-18097-38-6

ISBN digital: 978-84-18097-39-3

Depósito legal: M-38836-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Esta va por mí.  
Cree en ti, siempre.  
¿Ves? Lo conseguimos.*





Haz lo necesario para lograr tu más ardiente deseo,  
y acabarás lográndolo  
LUDWIG VAN BEETHOVEN



## PRÓLOGO

La anciana señora Johanson seguía la misma rutina cada mañana desde hacía más de treinta años.

Cuando los primeros rayos de sol comenzaban a asomar perezosos entre las nubes, tiñendo de rojo y naranja las fachadas de las viviendas del vecindario, la señora Johanson abría la puerta de su casa y salía apoyándose en su bastón. Arrastraba despacio los pies, obligando a sus rodillas cansadas por la edad a moverse. Mientras, el pequeño pueblo irlandés seguía profundamente dormido.

La anciana dejaba en la esquina de la calle un trozo de pan y las sobras de la cena del día anterior, que llevaba en una cesta colgada del brazo. Enseguida acudían gatos callejeros de diferentes colores y tamaños, de aspecto mugriento. Salían de los rincones, de los contenedores de basura, de los porches de las casas. Ya conocían esta costumbre de la señora Johanson y la aguardaban pacientemente desde que salía el sol, con los estómagos encogidos de hambre.

Después la anciana caminaba hasta el cementerio del pueblo. Ascendía pesadamente la escalera, apoyada con una mano en su bastón y con la otra en la baranda de hierro. Atravesaba las puertas enrejadas, saludaba escuetamente al guarda y se dirigía hacia su banco de siempre, frente a la lápida del señor Johanson.

Anastasia Johanson permanecía allí sentada hasta que la luz de la mañana aumentaba y el pueblo comenzaba a despertar.

En invierno, cuando el banco quedaba cubierto por un manto blanco de nieve, la anciana aguantaba allí de pie, temblando de frío, envuelta en su abrigo y con una bufanda enrollada alrededor

del cuello. Cuando cambiaba el tiempo se sentaba en el banco, que en los meses previos al invierno se llenaba de hojas marrones y doradas.

Las estaciones pasaban y, aunque todo lo demás cambiase, nada perturbaba la paz del cementerio. El silencio y la tranquilidad que reinaban allí, apenas alteradas por el ocasional canto de los pájaros y el susurro del viento entre las ramas de los árboles, invitaban a los escasos visitantes a la reflexión y el recuerdo. Se respiraba nostalgia, pero curiosamente, también una sensación de paz.

La señora Johanson, además, sentía una sensación reconfortante e incluso familiar cuando atravesaba las verjas de hierro. Era una mujer solitaria, cuyo aspecto cansado y su rostro surcado por el paso del tiempo le conferían un aspecto de fragilidad e inestabilidad y la hacían parecer más anciana de lo que era en realidad. Los cabellos blancos siempre estaban bien recogidos en un moño sujeto por finas horquillas, y las humildes ropas mostraban que la anciana señora Johanson no llevaba una vida de lujos y caprichos. Su carácter frío y distante, además, la convertía en alguien con quien la gente de aquel pueblo evitaba el contacto a toda costa.

Cada mañana hacía este recorrido de peregrinaje hacia el cementerio, con devoción casi religiosa. Y, como cada mañana desde hacía tantos años, las vecinas callaban cuando ella regresaba por las grises callejuelas, mientras el alboroto propio de la mañana obligaba al pueblo a desperezarse. Luego, cuando ella había desaparecido de la vista, arrastrando los pies con pesadez y deteniéndose en las esquinas a tomar aire, comenzaban los cuchicheos.

—Ahí va la anciana demente.

—¿Cómo creéis que será su casa?

—Y quién lo sabe, nunca deja entrar a nadie.

—Yo digo que esconde algo.

—En cualquier caso, es mejor no acercarse demasiado a ella.

Y es que Anastasia Johanson se había ganado cierta reputación entre sus vecinas por tres motivos. El primero era que nunca hablaba con nadie si podía evitarlo; nunca le abría la puerta de su

casa a nadie y no quería tratos con nadie que no fueran los gatos callejeros.

Pero no siempre había sido así. Sus vecinas más ancianas también recordaban aquellos años en que ella paseaba con el que algún día sería su esposo, colgada de su brazo, siempre sonriente. De joven, la señora Johanson había sido muy hermosa, tanto como para provocar la envidia de las otras muchachas del pueblo. Sus rizos castaños, siempre recogidos con horquillas negras, escapaban rebeldes cuando ella trotaba por el pueblo como una niña, y sus ojos negros siempre brillaban con una chispa, como una estrella en el oscuro cielo nocturno.

Pero los años y el dolor de la pérdida habían provocado aquel cambio en ella.

Cada mañana, cuando regresaba a su casa, que era amarillenta y antigua, tras la visita diaria al cementerio, cerraba la puerta verde de madera y echaba el cerrojo. Después de esto ya no salía más, salvo el día que iba al mercado, que solía ser el miércoles, y el domingo para ir a misa. Parecía gustarle la soledad. Nadie sabía mucho sobre ella, y nadie conocía su pasión secreta: su pequeño jardín de rosas, oculto en la parte trasera de la casa. Un alto seto y algunos árboles lo rodeaban, protegiéndolo de ojos indiscretos. En aquel pequeño rincón, la anciana atesoraba aquello que más adoraba en el mundo: rosas rojas, rosas y azules. Florecían grandes y hermosas, y desprendían un delicioso aroma que se colaba en la casa por la puerta trasera que daba al jardín. Los rosales estaban en flor todo el año, lo que habría sido una sorpresa para muchos jardineros mucho más expertos que la anciana. Las flores resistían orgullosas los inviernos más duros y los veranos más calurosos, aunque en aquel pueblo nunca brillaba el sol más de tres días seguidos. Algunas mañanas incluso llevaba una de aquellas rosas espléndidas al cementerio y la depositaba sobre la tumba de su marido.

El segundo motivo por el que la señora Johanson se había ganado el recelo de sus vecinas era que, a pesar de todo, la tumba de su marido estaba vacía. Lo cierto era que Marcus Johanson había

muerto mucho tiempo atrás en la guerra, y su cuerpo nunca había regresado. En lugar de ello, un oficial del ejército con un informe en la mano fue todo lo que Anastasia había recibido en su casa un día gris de 1917. La gente no entendía la obstinación de la anciana, por qué no parecía capaz de superar la pérdida y dejarlo todo atrás, empezar una nueva vida y seguir adelante.

Y el tercer motivo, y el que más inquietaba a los vecinos del pueblo, era el crimen que el señor Johanson había cometido en vida, antes de marchar a las trincheras de las que nunca regresaría. Pero nadie de eso hablaba si podía evitarlo.

La señora Johanson era todo un misterio. Y aquel pueblo estaba demasiado dormido aún.

# I

La vieja locomotora avanzaba traqueteando por las vías, dejando una nube de humo gris a su paso. Atravesaba inmensos prados en los que el color verde se extendía en todas sus tonalidades hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A ambos lados de las vías pacían tranquilas infinidad de ovejas lanudas, blancas y negras, que parecían acostumbradas a las idas y venidas del tren, ya que apenas levantaban la cabeza a su paso.

Era un día inusualmente cálido y apacible para tratarse de Irlanda. O al menos ese era el pensamiento que ocupaba la mente de uno de los viajeros de aquel tren. En un asiento al final del tercer vagón, un hombre joven observaba el paisaje a través de la ventanilla de cristal. Tendría poco más de treinta años, y vestía unos pantalones y una chaqueta sencilla de color gris. Sobre las rodillas tenía una desgastada maleta de piel oscura, apenas medio llena con sus escasas pertenencias. El abundante cabello oscuro, peinado hacia atrás, hacía juego con sus ojos negros. Cualquiera habría dicho que se trataba de un joven bastante apuesto, quizá un actor. Pero nada más lejos de la realidad. En su rostro se dibujaba el esbozo de una leve sonrisa; era la clase de viajero que sabía bien a dónde se dirigía. Observaba con ojos curiosos todo lo que se desplegaba al otro lado de la ventanilla del vagón, dejándose embriagar por las sensaciones que le producía la inmensidad verde de las colinas y preguntándose hasta dónde se extendería aquel paisaje idílico.

Sentado frente a él, un anciano con un espeso bigote blanco y una boina negra sobre la cabeza lo observaba sin ningún disimulo.

No había dicho una palabra en todo el trayecto, pero miraba con curiosidad al hombre joven y al papel que este sostenía en sus manos. La pequeña nota estaba muy arrugada, porque su propietario no paraba de estrujarla y darle vueltas entre los dedos. Desplegó el papel por enésima vez, sonriendo para sí, y leyó en silencio las palabras escritas en él. Después volvió a arrugarlo y a centrar su atención en la sucia ventanilla del tren entre el vaivén de la maquinaria.

Al fin, el anciano, incapaz de contener su interés, habló:

—Muchacho, disculpa mi intromisión, pero, ¿qué es ese papel? No has dejado de darle vueltas desde que subiste al tren, hace más de dos horas.

El dueño del papel, algo sorprendido por oír de repente la voz del anciano, levantó la cabeza. Sonrió levemente y dijo:

—En este papel está escrito mi destino, buen hombre.

El anciano del bigote abrió los ojos con sorpresa al oír aquello. Definitivamente, no esperaba esa respuesta.

—¿Tu destino?

—Así es. Voy en busca de algo.

La seguridad con la que hablaba el joven había dejado al anciano sin respuesta.

En ese mismo instante se oyó un intenso silbido y ambos miraron por la ventanilla, mientras el tren reducía su marcha.

—De hecho, ahora estoy un paso más cerca de encontrarlo. Esta es mi parada —el joven se levantó y guardó el papel en un bolsillo de su chaqueta. A continuación cogió su maleta y se despidió del hombre con una leve inclinación de cabeza—. Por cierto, me llamo Victor.

—Anthony —el hombre, un poco perplejo, le estrechó la mano brevemente a Victor, que ya se disponía a apearse del tren—. Buena suerte con tu búsqueda, muchacho.

Corrían los años cincuenta, Victor era joven y estaba preparado para comerse el mundo.

Cuando finalmente el tren se detuvo con un leve chasquido, Victor se apeó y miró a su alrededor. El andén estaba lleno de



gente y el ambiente un poco cargado. La estación era enorme, y no tenía muy claro a dónde debía dirigirse. Mirara donde mirase, había cientos de personas, pasajeros y personal de seguridad, caminando con prisa de un lado para otro. Algunos llevaban maletas; otros, niños en brazos y algún otro tiraba de la correa de un perro asustado entre el gentío. Suerte que los Swift se ofrecieron a ir a buscarlo, porque Victor se encontraba bastante perdido. Sosteniendo su raída maleta, deambuló sin rumbo por la estación esquivando a la gente.

Al fin localizó a un hombrecillo no muy alto, vestido con un recio traje negro, que sostenía en sus manos un cartel en el que se leía el apellido «Stevens». Victor se dirigió hacia él con una amplia sonrisa.

—Disculpe, soy Victor Stevens. Me dijeron que la familia Swift...

—Buenos días, señor Stevens. Soy Maxime, el mayordomo en casa de la familia Swift —el hombre hizo una leve inclinación de cabeza y estrechó efusivamente la mano de Víctor—. Los señores no han podido venir en persona, son gente muy ocupada. Esperan que lo entienda. En su lugar, yo lo llevaré al pueblo. ¿Me enseña sus papeles, por favor? Hay mucho espabilado por aquí, ya sabe.

Victor, algo abrumado, le tendió al hombre sus documentos personales, y tras una rápida ojeada, Maxime sonrió y levantó la vista hacia Victor, visiblemente más relajado.

—Todo en orden, señor Stevens. Acompañeme, por favor.

Maxime cogió la maleta de Victor y le hizo un gesto para que lo siguiera. Este trató de recuperar su maleta, pero finalmente obedeció ante la insistencia de Maxime de llevar su equipaje. Victor estaba poco acostumbrado a tratar con mayordomos. Nada acostumbrado, en realidad. Menudo recibimiento. De modo que no conocería a la familia Swift hasta el fin de semana; había acordado con ellos que las clases de piano tendrían lugar los sábados, de tres a cinco de la tarde.

Subió al coche por la puerta que Maxime mantenía abierta para él. Definitivamente, nunca lo habían tratado así. Una vez dentro

del coche, Victor observó con disimulo su propio traje, desgastado por el uso, tratando en vano de alisar las arrugas de los pantalones tras el largo viaje. Esperaba no desentonar demasiado en casa de los Swift. Quizá debería comprarse un traje nuevo... Cuando ganara algo de dinero, claro.

El trayecto en coche no fue muy largo, y Maxime no dijo una sola palabra. Victor miraba por la ventanilla, y volvía a estrujar el papel entre sus dedos, igual que había hecho en el tren. Poco a poco, el paisaje campestre comenzó a verse invadido cada vez más por casitas y granjas a ambos lados de la carretera, incluso atravesando algunos pequeños pueblos. Al fin, Maxime estacionó el coche en una calle empedrada dentro de un pueblecito. No había mucha gente en las calles. Las casas eran muy pintorescas, de no más de dos o tres pisos de alto. Definitivamente, aquello no se parecía en nada al Nueva York que Victor había dejado atrás.

—Hemos llegado, señor Stevens —anunció Maxime.

Maxime bajó del coche y sacó el escaso equipaje de Victor del maletero. A continuación le abrió la puerta y le estrechó la mano.

—Gracias, Maxime.

—Ha sido un placer, señor Stevens. ¿Ya encontró dónde alojarse?

—Esto... Más o menos —respondió Victor, estrujando el papel arrugado dentro de su puño.

—Estupendo. He de irme. Los señores me estarán esperando. Ha sido un placer conocerlo. Lo veremos el sábado, ¿correcto?

—Así es. Gracias de nuevo, Maxime.

Maxime le dedicó una reverencia y subió al coche de nuevo. Victor observó cómo se alejaba por la callejuela hasta que desapareció. Luego cuadró los hombros, cogió su maleta y suspiró. Después de tanto tiempo imaginando aquel día, al fin había llegado.

Se quitó la chaqueta y la dobló sobre su brazo; ya era cerca del mediodía y el sol comenzaba a hacerse notar con fuerza. Caminó un buen rato sin un rumbo fijo, deleitándose con la belleza de las casas y las calles. Aquel pueblo era un lugar muy agradable. El azul del cielo contrastaba con el verde de los campos, y las casitas de piedra junto

con las tiendecitas daban a aquel lugar el aspecto de un escenario de cuento. El sol era acuciante y Víctor se detuvo junto a una fuente en una pequeña plaza para beber agua y mojarse la frente y el cuello. Trataba de no pensar en ello, pero sentía que en realidad solo estaba retrasando el momento de la verdad, de llevar a cabo un plan que ahora ya no le parecía tan oportuno. El corazón le martilleaba en el pecho y un sinfín de cosas que podrían salir mal se paseaban a sus anchas por su mente. Tras deambular un rato por las calles, al fin Víctor encontró un grupo de tres mujeres que conversaban, reunidas a la puerta de una casa, y se acercó a ellas decidido a enfrentarse a lo que tuviera que suceder. Haciendo alarde de sus mejores modales de caballero, sonrió e inclinó levemente la barbilla.

—Disculpen, buenos días. Busco la casa de la señora Johanson, ¿la conocen?

Las tres mujeres se giraron al mismo tiempo. Se habían quedado estupefactas.

¿La señora Johanson tenía visita? ¿Aquel apuesto joven iba a casa de la anciana? ¿Un pariente lejano, tal vez?

—La conocemos —respondió una de ellas, una señora de mediana edad que cargaba con una cesta llena de huevos y estudió a Víctor con la mirada de un modo mal disimulado—. Pero quizá sería mejor para ti ahorrarte el mal trago.

—¿Por qué dice eso? —Víctor se había quedado estupefacto ante aquellas palabras, pero trató de no flaquear en su intento por ser amable.

—Verás, hay... cosas. Historias. Rumores. Créeme, muchacho... No te conviene acercarte allí —respondió esta vez otra de las mujeres, con el pelo canoso y apoyada en un bastón.

—¿Qué...?

—Muchacho, sé sensato. No te acerques a ella.

—Disculpen —Víctor se enderezó, tratando de mantener la sonrisa para no parecer maleducado, pero queriendo sonar decidido—. Creo que no me han entendido. Busco a la señora Johanson. ¿Pueden decirme dónde vive o no?

Las tres mujeres se miraron entre ellas, sorprendidas por la rotundidad con que había hablado aquel extraño joven que solo llevaba en las manos una chaqueta y una maleta raída. Al fin la primera que había hablado estiró el brazo con el que no sostenía la cesta y señaló al final de la calle.

—¿Ves esa casa, la del balcón verde? Gira a la derecha por y continúa hasta que veas una fuente. Hay una casa de dos plantas, amarillenta. El número 12. Es allí.

—Muchas gracias. Buenos días.

Victor se marchó siguiendo el camino que le había indicado la mujer. ¿Qué demonios era todo eso que le habían dicho? Mientras se alejaba de allí, podía sentir en la nuca los ojos de las vecinas.

Las señoras lo siguieron con la mirada hasta que desapareció tras la esquina.

—Pobre muchacho —dijo una de ellas mientras miraba a las demás.

—No te preocupes por él. La vieja loca ni siquiera lo dejará entrar en su casa. Ven, vamos a contárselo a Helen. Se va a quedar estupefacta. Quizá hasta nos invite a bizcocho a cambio de noticias frescas como esta...

Victor, siguiendo las indicaciones que le habían dado, llegó al fin al número 12: una casa antigua, de aspecto destartado, que sin embargo aún conservaba vestigios del esplendor de una época pasada. Tenía dos pisos y un amplio porche de piedra. La fachada comenzaba a perder parte de la pintura amarilla a causa de las inclemencias del tiempo, y los balcones de la planta superior estaban cubiertos de vegetación. Todas las ventanas estaban cerradas, y unas oscuras cortinas impedían ver el interior de la vivienda. Llamaba la atención el hecho de que hubiera un edificio así en un pueblo tan pequeño; pertenecía, o había pertenecido, a alguien con dinero, sin duda.

Victor resopló y se pasó una mano por el cabello oscuro, para colocarlo bien en su sitio. Le gustaba ir siempre bien peinado, con la raya a un lado y el pelo echado hacia atrás, como los actores que

había visto en los carteles de cine en Nueva York. Puede que no tuviera dinero para permitirse ropa elegante, pero aquello no le impedía hacer alarde de una presencia y de unos modales impecables. Se estiró la camisa con nerviosismo para alisar posibles arrugas debido al largo viaje y golpeó dos veces la puerta verde de madera con la aldaba de hierro. Aguardó, moviéndose inquieto, mirando fijamente la puerta. Pero no sucedió nada.

Volvió a llamar, esta vez tres veces. Quizá no había nadie en casa.

Victor se sobresaltó cuando algo le rozó la pierna. Dio un paso rápido hacia atrás, y tuvo que aferrarse a la barandilla para no caerse por las escaleras. Un gato grisáceo y bastante desgredado lo miraba ceñudo desde abajo.

El animal trepó al escalón más alto y se tumbó cuan largo era al pie de la puerta, como desafiando a Victor, impidiéndole el paso. De repente apareció otro gato, esta vez negro. Le faltaba una oreja, y parecía malhumorado por el modo en que arqueaba el lomo. Contempló a Victor con sus penetrantes ojos amarillos, sin parpadear.

Victor retrocedió dos pasos más. Quizá aquella señora era una amante de los gatos. O una maniática. Victor no pudo reprimir una mueca de disgusto; los gatos no le inspiraban confianza alguna. Descendió las escaleras del porche y estuvo a punto de chocar con alguien.

Era precisamente la señora Johanson, que regresaba de su visita diaria al cementerio. De su brazo izquierdo colgaba una cesta de mimbre sin otra cosa que una llave dentro, y con el otro se apoyaba en un bastón. Miró a Victor con asombro. En más de veinte años, aquel hombre joven era la primera persona que se quedaba plantada en su porche. Enseguida la expresión de la anciana pasó de la sorpresa a la desconfianza; la presencia de un extraño solo podía inspirarle odio. Hacía que malos recuerdos regresaran a su mente.

Victor, que se había quedado mudo de la impresión, carraspeó y trató de poner la expresión más amable que pudo, exhibiendo una sonrisa cálida.

—Buenos días. Usted debe de ser la señora Johanson —Victor alargó la mano derecha, esperando que la mujer se la estrechara. En lugar de eso, ella lo fulminó con la mirada y subió las escaleras con dificultad, fingiendo que el extraño no estaba allí. Cuando estuvo frente a la puerta, sacó la llave de la cesta y con una mano engarrotada la introdujo en la cerradura. Los gatos se apartaron para dejarla pasar, maullando con suavidad. La señora Johanson entró y cerró la puerta con fuerza tras de sí, provocando que los dos felinos salieran corriendo despavoridos.

Solo entonces Victor advirtió que se había quedado con la boca abierta. ¿Se suponía que aquella mujer era quien podía acogerlo en su casa? ¿Qué demonios acababa de suceder?

Victor tenía una virtud. O un defecto. Se podía ver de una forma o de la otra dependiendo de la situación en que saliera a la luz. Y es que era terriblemente testarudo. Si deseaba algo, no cesaba en su empeño de conseguirlo hasta que lo lograba. Lo que Victor no sabía en ese momento era que había ido a dar con una persona incluso más cabezota que él.

Subió los escalones y llamó a la puerta con decisión, de nuevo con dos toques. Volvería a empezar; era lo que hacía cuando algo le salía mal. Trató de sonreír y aguardó pacientemente. Nada. Llamó de nuevo, esta vez con más fuerza.

Y llamó.

Y volvió a llamar.

Transcurrieron los minutos, las horas.

El sol comenzaba a declinar, y Victor permanecía aún en el porche, sentado sobre el último escalón. Se había arremangado la camisa, y el pelo se le había despeinado, ya que en su desesperación no había dejado de pasarse los dedos entre los mechones. Se le había borrado la sonrisa, y los gatos ya se habían acostumbrado a su extraña presencia. El gato negro incluso se había acurrucado sobre su vieja maleta de piel.

Y sin embargo, seguía insistiendo. Cada pocos minutos daba unos toques a la puerta, cada vez más débiles. Había abandonado

la aldaba; no alcanzaba desde el suelo. De modo que golpeaba la madera con los nudillos, que se le empezaban a pelar y a dejar a la vista la piel desnuda y enrojecida.

No estaba dispuesto a rendirse. Cualquier persona sensata se habría marchado en busca de otro lugar donde alojarse o al menos pasar la noche, que ya comenzaba a caer sobre aquel rincón del mundo. Pero no él. Algo le decía que debía permanecer allí, y Victor siempre escuchaba a esa vocecilla interior. Aunque alguna vez el hecho de ser tan impulsivo le diera problemas.

Al fin, la puerta se abrió. El puño de Victor se quedó congelado en el aire. Alzó la mirada despacio, y ante él estaba aquella mujer, que a pesar de su escasa estatura y su complexión delgada, aparecía ante él como una nube a punto de descargar tormenta. El pelo blanco le caía en suaves ondas sobre los hombros y llevaba una bata de franela color malva. Su expresión era del más puro odio.

—Largo —su voz era como un gruñido, una advertencia, como el siseo que lanza un gato furioso antes de saltar.

—Se... Señora Johanson —Victor se incorporó con torpeza. Llevaba todo el día en aquel porche, y no había comido nada. Recogió su chaqueta y su maleta, sobresaltando al gato que estaba acurrucado encima. El animal huyó de un salto.

—Largo —repitió la anciana, cerrando de nuevo la puerta.

Victor volvió a golpear la madera, y esta vez la puerta se abrió de golpe.

—¡Fuera de aquí! ¡No tengo dinero, no pienso comprarte nada, y si eres uno de esos médicos que...! —exclamó la señora Johanson.

—¡Espere! —Victor sujetó la puerta, tratando de que sus dedos no se quedaran atrapados entre el marco y la madera verde—. ¡No, se equivoca! No quiero nada de eso. Por favor, deje que hable con usted.

La señora Johanson forcejeó unos segundos, tratando de cerrar de nuevo. Al final, con un resoplido de rabia, soltó la puerta.

—Muchacho, llevas todo el día llamando a mi puerta.

—Lo sé. Necesito hablar con usted.

—Eres terriblemente molesto —murmuró ella con un suspiro de exasperación—. Si vienes a venderme algo, o a convencerme de...

—¡No, ya le he dicho que esa no es mi intención! Aguarde. El caso es que creo que es a usted a quien busco. Su marido era el señor Marcus Johanson, ¿cierto?

A la señora Johanson le cambió la expresión del rostro en un momento.

—¿Qué...?

—Mi padre lo conoció. El señor Johanson y él fueron amigos, hace más de treinta años —Victor soltó todo aquello muy deprisa, temiendo que ella volviera a cerrar la puerta.

La señora Johanson enmudeció. Miró al muchacho, y luego a ambos lados de la calle. A continuación se hizo a un lado, para que Victor entrara en la casa. Cuando este atravesó la puerta, la señora Johanson volvió a cerrarla de un portazo.

—¿Lo conoció? ¿Conoció tu padre a Marcus? ¿Lo vio morir?

Victor la observó un poco asustado. La expresión le había cambiado, y se inclinaba hacia él, como ávida de información.

—No... No lo sé, señora. Mi padre solo me dijo que fueron buenos amigos. Hasta que un día Marcus marchó a las trincheras, y no supo nada más de él.

La expresión de la señora Johanson se suavizó y volvió a la normalidad. Miró al muchacho con desconfianza, como valorando cuánto de aquello podía creer.

—¿Y qué has venido a hacer a mi casa?

—Verá...

Victor metió la mano en un bolsillo de la chaqueta, que se había colocado sobre el brazo, y sacó un documento encuadernado; su pasaporte. Lo abrió y se lo tendió a la señora Johanson.

—Victor Stevens, treinta y cinco años, natural de Nueva York. Profesor de piano.

Victor mantuvo la compostura, con la mano estirada, ofreciéndole el papel a la anciana. Exhibía una amplia sonrisa, pero



como no fue correspondida, rápidamente la sustituyó un gesto serio.

—Profesor de piano, ¿eh? —inquirió la señora Johanson con desconfianza.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho en actitud defensiva.

—Aquí lo dice —Victor continuaba tendiéndole el papel, pero ella no se molestó en cogerlo, sino que continuó observándolo con desdén—. Pues... Sí. Una familia del pueblo me ha contratado para que dé clases a su hija, Eleanor Swift. ¿Los conoce?

—Ridículos ricachones —masculló la anciana.

Victor sonrió ampliamente.

—Deduzco que sí. ¿Lo ve? Soy de fiar, no vengo a hacerle nada malo.

—Llevas todo el día molestándome. Eso es malo.

—Por favor... Deme una oportunidad. Déjeme explicarme.

La señora Johanson gruñó con desgana y cerró los ojos, como si la sola voz de Victor le provocara jaqueca.

Pero él no se iba a dar por vencido.

—El caso es que esta familia no puede acogerme en su casa. Creo que la jovencita está prometida y pues... no lo sé, creo que son muy tradicionales. No puedo vivir allí, ¿entiende? Pero ese trabajo es lo único que tengo ahora —Victor agachó la cabeza—. Mi padre falleció el año pasado. En Nueva York no me queda nada. Pero hace poco, los Swift me oyeron tocar. Estaban allí de viaje y habían ido a cenar al restaurante donde trabajaba yo. Yo vivía de lo que podía, tocando aquí y allí... Y les gusté, me ofrecieron esta oportunidad y por supuesto acepté. Incluso me pagaron el viaje. Estaban muy interesados en que enseñara a su hija. Parece ser que alguien les había dado mis referencias, pero no sé quién pudo ser. Alguien de este pueblo les había recomendado que me escucharan tocar. ¿Lo ve? Es el destino... Alguien quería que yo viniera aquí, y mi padre me había dado este papel con su nombre, señora Johanson, y supe... Y... Crucé el charco, y aquí estoy —dijo Victor, recuperado la sonrisa.

—Muy bonita historia, llena de felices coincidencias. Parece un cuento de hadas —Victor contuvo las ganas de poner los ojos en blanco para no parecer maleducado, aunque la señora Johanson no se lo estaba poniendo nada fácil—. ¿Por qué no escribes una novela, en vez de venir a molestarme? Todo eso no explica qué diablos haces en mi casa.

—Esa es la mejor parte. Como ya le he dicho, mi padre conoció a su marido, el señor Johanson. Me habló muy bien de él. Mi padre sabía que Marcus estaba casado, y que usted se había quedado viuda. Por eso, cuando murió mi padre, pensé que tal vez... Él me dio esto justo antes de morir. Yo llevaba queriendo venir aquí desde entonces, pero no tenía dinero suficiente para el viaje. ¿No es un milagro?

Victor le tendió el papelito arrugado con el apellido y la dirección de la señora Johanson.

—Yo no creo en los milagros, chico.

—Entonces llámelo destino.

—Hablas mucho, me estás dando dolor de cabeza... Espera. ¿No habrás pensado en...?

La señora Johanson abrió mucho los ojos cuando comprendió. Miró la maleta de Victor y luego a él, y a continuación hizo el amago de cerrar la puerta de nuevo, empujando a Victor hacia la calle. La anciana era sorprendentemente fuerte para su pequeña complexión.

—¡Ah, no, ni hablar, jovencito!

—¡Por favor, señora, deje que...!

—No, no, no. Fuera. Gracias por tu visita. Pero no.

—Pero...

—Gracias por tu visita.

—Pero...

—Gracias. Y adiós.

Y de nuevo, Victor se vio en la calle. Ya había caído la noche.

—Maldita sea —murmuró. Volvió a aporrear la puerta, pero no hubo respuesta.

Y sin embargo, decidió quedarse allí. Armándose de paciencia, se sentó en el porche de nuevo con su maleta. Cualquiera que lo viera allí pensaría que estaba loco. Pero Victor creía firmemente que solo los locos que se atrevían a soñar con algo mejor movían el mundo.

\*

Victor se había quedado dormido, acurrucado en el porche con la cabeza sobre la maleta y la chaqueta sobre los hombros, cuando comenzó a tronar. Sintió que se estaba mojando los pies, y se encogió aún más. Uno de los gatos se había acurrucado a su lado, muerto de miedo. Victor suspiró y volvió a cerrar los ojos, esperando dormirse de nuevo, cuando la puerta se abrió y la luz proveniente del interior de la casa lo cegó por unos momentos.

—¿Señora Johanson? —murmuró, medio dormido.

La señora Johanson suspiró.

—Pasa. Y date prisa, que entra el frío.

Victor se incorporó trastabillando, frotándose los ojos, cogió la maleta y entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿No tienes otro sitio al que ir?

Victor negó con la cabeza en silencio. Si lo tuviera, no estaría allí, durmiendo en el porche. Por primera vez en varios días, se planteaba en serio si había sido una buena idea dejar Nueva York atrás. Pero no hubiera podido quedarse por mucho que hubiera querido; no tenía mucho dinero y apenas podía comer y pagar el alquiler del diminuto y destrozado apartamento en que había vivido. No tenía un trabajo estable y sentía que siempre andaba en la cuerda floja. Por eso se había aferrado a la oferta de los Swift como a un salvavidas en mitad del océano. Las cosas eran diferentes cuando su padre estaba vivo.

—Bien, he pensado... —a la señora Johanson parecía costarle mucho decir aquello—. Bueno, si realmente no tienes dónde ir... Puedes quedarte unos días.

Victor levantó la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad? ¡Gracias, señora Johanson! No se arrepentirá. Prometo ayudar en todo lo que pueda. Le pagaré el alquiler que usted me diga, con el dinero que gane con las lecciones de piano y...

—Está bien, está bien. He dicho unos días. Ahora, sígueme. Te enseñaré la casa. Por cierto, me llamo Anastasia. Pero para ti, soy la señora Johanson.

Victor la siguió feliz. Era una anciana un poco cascarrabias, pero estaba seguro de que en el fondo no podía ser siempre así; quizá solo con los extraños. La señora Johanson avanzaba despacio, a regañadientes, murmurando por lo bajo. Se detuvo en la entrada de la estancia principal de la planta baja.

—Este es el salón —dijo la señora Johanson con sequedad, abarcando el espacio con un movimiento de su brazo.

Victor caminó despacio por el pequeño salón, observándolo todo con curiosidad. Las tablas de madera del suelo crujían levemente bajo sus zapatos. La estancia era rectangular, y sin demasiados adornos. Lo que más llamaba la atención era un magnífico piano de cola, negro y resplandeciente, como la superficie cristalina del agua reflejando la luz de la luna en una noche oscura. Los ojos de Victor se iluminaron con emoción.

—¡Pero qué sorpresa! Mire lo que tenemos aquí. Esto vuelve a ser el destino, señora Johanson —ante las palabras de Victor, la mujer puso los ojos en blanco—. ¿Toca?

La señora Johanson lo miró de manera orgullosa, alzando un poco la barbilla.

—No. Pertenece a mi marido. Y de todo lo que hay en esta casa, es lo más valioso. Ni pienses en acercarte a él.

Victor trató de ocultar la decepción en su voz y se obligó a apartar los ojos del bello instrumento.

—Entendido.

El resto de la estancia lo ocupaban una mesa de madera oscura con cuatro sillas a su alrededor, una lámpara de pie en una esquina junto a un gran reloj de péndulo y un pequeño sofá de color verde

oscuro. En las paredes, cubiertas por papel *beige* colgaban retratos hechos a carboncillo. La mano que los había creado había logrado trazar con habilidad la figura de una hermosa mujer, cuyo rostro se repetía en todas las imágenes. Joven, de cara redondeada y ojos oscuros, con el pelo también oscuro delicadamente recogido. Los retratos mostraban a la mujer en diferentes escenas; cubriéndose la boca sonriente con una mano, sentada en un banco de hierro, cortando una rosa, sosteniendo un bebé entre sus brazos. Eran dibujos realmente bellos, algunos más elaborados y otros apenas esbozos, pero no por ello menos valiosos.

—¿Quién es la joven de los retratos? —preguntó Victor, deteniéndose a observar uno en el que la muchacha sonreía de un modo melancólico, sosteniendo una taza entre las manos.

—Yo. En algunos aparecen también mi marido y nuestro hijo. Ambos fallecidos hace mucho —respondió la señora Johanson, poco dispuesta a entrar en detalles con aquel incordio de muchacho.

—Vaya... Quiero decir, usted era muy hermosa... No quiero decir que ahora no... Lo que quiero decir es... —Victor enojóse.

—Me da igual lo que tengas que decir sobre mis cuadros —la señora Johanson observaba a Victor desde la puerta del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud desafiante—. Ahora sígueme. Te enseñaré tu dormitorio. Con un poco de suerte, te disgustará y te largarás de aquí.

Victor suspiró, derrotado. Aquella mujer era imposible de tratar. Pero no podía echarse atrás ahora. Había acordado ayudarla en todo lo que pudiera a cambio de una cama y comida, y no tenía nada más. Fuera descargaba una gran tormenta, y no se veía capaz de volver a recorrer el pueblo buscando dónde hospedarse en mitad de la noche, y mucho menos de volver a dormir en el porche. Estaba agotado. Sabía que si su voluntad flaqueaba por un solo segundo, zarparía en el primer barco de regreso a Nueva York. Pero no pensaba darse por vencido tan fácilmente.

La señora Johanson caminó despacio por el pasillo, seguida por Víctor. Subieron la escalera, ella trabajosamente y él con paciencia detrás, y llegaron al piso de arriba.

—Por aquí.

Víctor siguió a la señora Johanson hasta una puerta de madera carcomida por los años. La anciana la abrió y se hizo a un lado para que Víctor pudiera entrar. La estancia era muy pequeña, con una ventana cuadrada en la pared frente a la puerta. Solo había una cama de hierro cubierta por una vieja colcha azul, un armario de la misma madera oscura que todos los muebles de la casa y una pequeña mesa con una silla en la esquina. Olía a cerrado y a madera antigua.

—No tengo nada más que ofrecerte. La verdad, nunca tengo invitados. Y preferiría que siguiera siendo así...

—Es perfecta —la interrumpió Víctor, con una amplia sonrisa—. Gracias, señora Johanson. Le agradezco mucho lo que hace por mí.

La señora Johanson le dedicó una mirada fría como el hielo, irritada porque su inesperado inquilino realmente parecía tener intención de quedarse, y por un tiempo aparentemente indefinido. Al menos, mientras le pagara el alquiler y no molestara, podría intentar ignorar su presencia en la medida de lo posible.

—Trata de no hacer ruido —gruñó la señora Johanson antes de dar media vuelta y alejarse arrastrando los pies hacia las escaleras—. ¿Tienes hambre, muchacho? —añadió, dando media vuelta en el pasillo tras un segundo de vacilación.

—Lo cierto es que sí —solo entonces recordó Víctor que no había comido nada en todo el día, y el estómago se le encogió dolorosamente.

—Prepararé una sopa.

—Gracias, señora Johanson.

Sin decir nada más, la mujer descendió lentamente las escaleras.

Víctor cerró la puerta despacio y se apoyó en ella. Entonces la sonrisa se le borró de la cara. Suspiró y se pasó una mano por el cabello oscuro.

—Maldición, Víctor, ¿dónde te has ido a meter? —murmuró para sí mismo.

Estaba claro que la señora Johanson no se lo iba a poner nada fácil, y que lo quería fuera de su casa. Y sin embargo, había terminado por aceptar. Aceptaría su dinero del alquiler, pero aun así sentía recelos del muchacho. Víctor pensó que, si era verdad lo que decían las vecinas, no era más que una anciana viuda atormentada por la soledad. Necesitaba ayuda y probablemente compañía, y Víctor tenía una corazonada respecto a aquel lugar. Agotado, se dejó caer en la cama sin desvestirse, dejándose llevar a un sueño profundo antes siquiera de captar el aroma a sopa casera que ascendía del piso inferior.